

Eduard von Keyserling

LOS NIÑOS DE LOS BELLOS DÍAS

Traducción del alemán

Carlos Fortea



Madrid, 2011

Título original alemán: *Feiertagskinder*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2011

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2011

Primeras correcciones: Fátima Aranzabal

Segundas correcciones: Juana Salabert

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-9-7

Depósito Legal: Z-1547-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

En la casa de campo de los Buchow, Lalaiken, esa tarde de noviembre, las sombras se alzaban especialmente grandes y negras sobre las blancas paredes del cuarto de los niños. Una sola vela ardía en la mesilla, y la institutriz, la señora Müller, se la había acercado; cosía con las gafas de pasta encabalgadas sobre la nariz. Los dos niños estaban sentados en sus sillitas. Uli, de siete años, somnoliento, tenía un brazo sobre la mesa; apoyaba en él la cabeza, que parecía muy grande por sus desordenados rizos rubios, y parpadeaba malhumorado frente a la luz. Isa, dos años mayor, jugaba con unos muñequitos de madera. Sus ojos grises miraban despiertos y atentos, y sus finos labios se movían sin producir ningún sonido.

—Es hora de irse a dormir —anunció la señora Müller, dejando a un lado su tarea—. Id a dar las buenas noches a vuestros padres.

Uli torció el gesto, lloroso.

—Hoy no voy a ir —repuso—, hoy no voy a ir por esas habitaciones oscuras. Hoy todos están en los rincones oscuros y llaman a las ventanas.

La señora Müller se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que dice tu padre cuando tienes miedo.

Entonces Uli lloró.

—No, hoy no voy a ir —repitió.

Isa alzó la cabeza sobresaltada, frunció el ceño como si sintiera algún dolor y las comisuras de su boca se doblaron hacia abajo, lo que le dio una expresión adulta y preocupada. No podía soportar que Uli llorase. Se levantó.

—Está bien, iré yo sola —decidió. Titubeó un momento en el umbral; luego entró en el oscuro corredor. También ella tenía miedo, pero lo soportaba con la resignación de un niño cuya vida está rodeada de inquietudes. Al final del pasillo brillaba una luz: allí estaban los padres.

Ulrich von Buchow había estado leyendo en voz alta, y ahora descansaba en su sillón y fumaba. Frente a él, en un rincón del sofá, se hallaba su esposa. La esbelta figura se acurrucaba como si tuviera frío; tenía reclinada la rubia cabeza y su joven rostro parecía borrado por el cansancio. Sin embargo, cuando Isa apareció en el umbral, una sonrisa

recorrió la cara de la joven esposa, iluminándola maravillosamente.

—Hija mía —dijo.

—¿Dónde está Uli? —preguntó con severidad Buchow.

—Uli no viene hoy —declaró Isa—. Tiene miedo.

—Oh, sí —convino Irma von Buchow—, hoy es un día temible. Iré con él.

Buchow frunció el ceño con disgusto, pero guardó silencio. Isa se dirigió entonces a su padre y le tendió su frente infantil, luego se la ofreció a su madre y, finalmente, fue hacia el rincón de la estancia, donde en un gran sillón dormía el abuelo, el conde Pax. Le besó con cuidado en la peluca blanca, después apretó los puños con decisión y regresó a la oscuridad.

—Si le permitimos estas cosas al chico —rezongó Buchow—, no vamos a educar ningún héroe.

—Oh, Dios —repuso Irma, arqueando las cejas—, ¿para qué queremos héroes? Hoy hace un día espantoso. Uli vino a verme esta tarde y me dijo: «No sé a qué jugar», y lo cierto es que yo también hubiera podido decir: «Yo tampoco sé a qué jugar».

—¿Jugar? —observó Buchow.

Un leve rubor ascendió al delgado rostro de Irma.

—Sí, jugar; ya sé que tú piensas que la vida es seria y tiene sus obligaciones. Y es verdad, por supuesto; pero una también quiere tener sus pequeñas alegrías, porque las grandes no vienen. Bueno, ahora me marcho con mi hijo.

Se levantó, alzó un instante los brazos, como para equilibrar su vacilante figura, y desapareció en la oscuridad.

Buchow reclinó la cabeza en el sillón. El rostro de frente abombada, los grises ojos hundidos, la robusta mandíbula parecían comprimidos por una energía interior y la boca se cerraba con tanta fuerza que los finos labios se volvían blancos.

«Las grandes alegrías —pensó—. Ella espera las grandes alegrías, ¿de dónde quiere que vengan?». Él siempre había contemplado la vida como algo que tenía que ser dominado para que no cayera sobre sus hombros. Esos días de noviembre, con su niebla y sus tormentas, tensaban algo en él, aumentaban sus deseos de hacer y crear. Él era uno de esos grajos que cantan en la niebla, y de él esperaba las grandes alegrías esa criatura exquisita y luminosa. ¿De dónde iba a sacarlas?

El abuelo se había despertado en su sillón; se incorporó y miró a su alrededor, todavía un poco perdido en sus sue-

ños; luego sonrió y su rostro pequeño se cubrió de arrugas bajo la peluca blanca.

—Me he dormido —dijo.

—Sí, te has dormido, padre —confirmó Buchow.

—Y he soñado —prosiguió el abuelo—, he soñado que iba, no sé con quién, por la avenida principal del Bois de Boulogne, había gente y coches y caballos; era muy divertido. Vi un coche elegante con alazanes dorados, había una dama en él; bueno, dejemos eso. Lo importante era la forma de andar. Mis piernas eran tan flexibles, tan ligeras, que daba gusto andar, andar como lo hacía en mis años mozos. Ha sido estupendo. Me voy a dormir..., quizá pueda seguir soñando.

Se incorporó y salió con pasos danzarines que querían ocultar la debilidad de sus piernas.

Era ya entrada la tarde cuando Buchow salió a inspeccionar sus tierras. El viento revolvía los abedules, enmarañaba sus finas ramas como flagelos, abría agujeros en la densa niebla, haciéndola pender sobre la tierra como grandes jirones grises. «La naturaleza no disimula hoy», se dijo Buchow, y hundió más las manos en los bolsillos de su gabán. Se detuvo al

borde de un campo. Allí araba un hombre. Aquel hombre alto caminaba, lento y malhumorado, detrás del arado. El viento tiraba de su mono de trabajo y de la roja barba, echaba ora hacia delante, ora hacia atrás las crines del caballo desgñadas por la humedad. Los terrones arrancados tenían un brillo metálico algo apagado y sobre ellos volaban grajos rechonchos y empapados. El hombre se detuvo y miró al horizonte, al oeste, donde una franja rosácea y marchita orlaba las nubes grises; levantó la reja del arado y se dirigió hacia el camino. Saludó a su señor.

—Andrä —dijo Buchow—, no sé si sabes que tu mujer ha venido a verme para quejarse de que la pegas.

—Lo sé —respondió disgustado Andrä—. Si me diera tregua, no la pegaría.

—No quiere que te gastes el dinero en la fonda —continuó Buchow.

Andrä se encogió de hombros.

—Si el domingo no se va a la fonda, qué le queda a uno, si eso es lo único.

Tras esas palabras, azuzó a su caballo y siguió caminando con las piernas un poco rígidas a lo largo de la carretera mojada hasta que desapareció, como una figura gris en la niebla gris.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 23-05-2011

Los niños de los bellos días

Eduard von Keyserling



ISBN: 978-84-938013-9-7. PVP: 14 €



www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)

Distribución en Latinoamérica: Panoplia de Libros (www.panopliadelibros.com)